

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XXXV

¿SE SOSTENDRÁ LA REPÚBLICA MEXICANA?

Varias veces el presidente Díaz ha hecho planes para retirarse a la vida privada, con objeto de que México comience a cambiar en paz de presidentes, mientras él viva, y pueda apoyar a sus sucesores contra cualquier intento de volver a la revolución.

En cada indicio de que podría retirarse de la presidencia, lo han abrumado con protestas y llamados. No hay duda que, a pesar de su estupendo vigor, su avanzada edad le dificulta más llevar el peso del cargo, en particular, porque su autoridad es cada día mayor y más directa que la de cualquier monarca del mundo y no puede librarse de la costumbre de ocuparse él mismo de todos los asuntos importantes. Anhela dejar su trabajo y descansar. Todos sus colaboradores e íntimos lo saben. No obstante, la presión ejercida para convencerlo de que permanezca en su puesto —presión no sólo de sus compatriotas, sino de amigos y contactos de México en todos los países— ha sido más de lo que podía resistir; incluso a sus ochenta años aceptó otro mandato sexenal de arduo servicio.

Más de una vez, el presidente ha visto pruebas sorprendentes de lo que su retiro a la vida privada significaría para el crédito público de su país. En 1901 sufrió un ligero padecimiento y se trasladó al clima más

templado y agradable de Cuernavaca para recuperarse. Un prominente banquero de la ciudad de México lo visitó y, al regresar a la capital, en privado hizo que se informara a los periódicos que a Díaz lo aquejaba una enfermedad mortal de la cual no se recuperaría. Esta noticia se envió a todas partes del mundo. Al instante en los mercados de Europa y América el precio de los bonos mexicanos cayó de \$101 a \$78, una pérdida de \$23. Una semana más tarde el Presidente volvió a la capital gozando de buena salud y animado, y cuando se supo que no estaba en peligro de muerte, el precio de los bonos mexicanos de inmediato subió a \$100. Incidentes como éste, donde se apreciaba la conmoción que su retiro de la presidencia causaría en la confianza pública, han prevalecido sobre el deseo natural de Díaz de retirarse del continuo trabajo duro y la responsabilidad de su cargo. Y, aun después de restablecer la paz y el crédito nacional, cada vez que pensaba en dejar la presidencia se enfrentaba a algún trabajo de mejoramiento inconcluso: el vasto sistema de drenaje del Valle de México; la reorganización del ejército; el ferrocarril interoceánico de Tehuantepec; la pavimentación, el alumbrado y el suministro de agua de la capital, y otras cosas por el estilo, por no hablar de las revelaciones de incompetencia de quienes podría esperarse que llegaran al poder cuando se retirara y de los grupos obviamente corruptos ansiosos de utilizar el gobierno para provecho personal.

Ante la proximidad de la campaña presidencial de 1904, el presidente Díaz anunció su intención de retirarse a la vida privada, y, al comprender las grandes cuestiones del desarrollo económico de las cuales dependían en gran medida la continua paz y felicidad de México, instó a don José Yves Limantour, el distinguido secretario de Finanzas, a ser su sucesor, con la promesa de apoyar su candidatura. Por primera vez se elegiría un vicepresidente. El señor Limantour, un colaborador administrativo de máxima categoría, no tenía la menor ambición política. Le explicó al presidente que no se sentía capacitado para ejercer el liderazgo político e insistió especialmente en que no era popular entre los militares.

Entonces el presidente llamó al general Bernardo Reyes, un oficial popular y le explicó los motivos por los cuales, a su juicio, el señor Li-

mantour debería ser presidente. El general Reyes declaró estar de acuerdo en lo acertado de seleccionar al más importante pensador económico y administrador de la república para guiar sus políticas y le ofreció hacer que el ejército comprendiera mejor sus cualidades y carácter, y convencer a los militares para que lo apoyaran.

El general Reyes se incorporó así al gabinete del presidente como ministro de Guerra. Apenas había asumido sus nuevos deberes cuando en diversos periódicos comenzaron a aparecer misteriosos y maliciosos ataques contra el señor Limantour. Estas calumnias anónimas se volvieron cada vez más personales y desagradables. Era obvio que un autor intelectual dirigía el intento sistemático y maligno por desacreditar al hombre que el Presidente había escogido como su sucesor.

Había surgido un movimiento reyista, pero el general Reyes había empeñado su palabra para respaldar al Presidente en su deseo de que el señor Limantour lo sucediera en la presidencia. Díaz se negaba a creer que un soldado tan valiente pudiera ser culpable de tal traición. El presidente estaba muy consternado; el señor Limantour había prestado servicios sumamente importantes a su país y era un desastre público que lo desacreditaran a los ojos de las masas ignorantes. Se intentó descubrir el origen de estos ataques, pero fue en vano. Era un secreto bien guardado.

Por último, parte del manuscrito original de las denuncias del secretario de Finanzas llegó a manos del gobierno, y eso reveló el hecho de que el general Reyes era el enemigo oculto que había buscado derrotar el plan del presidente, siendo aún miembro de su gabinete. Díaz envió de inmediato por el conspirador y lo confrontó con la evidencia de su perfidia. El general Reyes renunció sin demora a su cargo. En lugar de obligarlo a dedicarse a la vida privada, en consideración a su historial como soldado, el presidente usó su influencia para hacerlo gobernador del estado de Nuevo León.

En 1908, el presidente Díaz causó revuelo en la república de frontera a frontera al declarar en público que rehusaría quedarse otro periodo. Invitó a la nación a prepararse para elegir a su sucesor y deploró el hecho de que sus compatriotas en general no tuvieran suficiente interés

en el gobierno, admitió que no era aconsejable tener un solo partido político en el país y acogía con beneplácito la aparición de un partido de oposición con un auténtico programa nacional.

Casi al instante se produjo la conmoción política en todos los estados. Al presidente le llovieron miles de protestas. Llegaron delegaciones de los estados, ciudades y pueblos para rogarle que continuara con su gran trabajo por México. Los representantes de la mayoría de los grandes organismos comerciales del país le pidieron que cambiara de parecer. Sus viejos amigos y partidarios le reprocharon que pensara abandonarlos. De otros países llegaron advertencias de que estaba a punto de someter el crédito público de su país a una terrible presión, tras un pánico financiero mundial.

Parecía que el nuevo partido cuya formación él había pedido no pasaba de ser una muestra ruidosa, turbulenta y difamatoria a favor del general Reyes para el cargo de Vicepresidente. A pesar de estos hechos, Díaz renunció a su preciado plan de descansar, estuvo de acuerdo en mantenerse en la presidencia y no veía con buenos ojos el movimiento de Reyes, el cual se derrumbó después de unos cuantos incidentes descontrolados. No se consideró que el propio Reyes tuviera una responsabilidad demasiado estricta por las grandilocuentes expresiones revolucionarias de sus seguidores y asociados, ni por la campaña de vilipendio que comenzó en los Estados Unidos. El presidente lo mandó en misión al extranjero para recabar información militar. Los aspirantes a revolucionarios que habían llevado a cabo la propaganda bajo su nombre se quejaron de que hubieran exiliado a su líder y héroe.

Aun en ese momento el presidente Díaz se hubiese retirado de haber podido convencer al señor Limantour para que lo sucediera.

El próximo presidente de México quizá será el vicepresidente Ramón Corral. Este vigoroso e inteligente político, quien también es secretario de Gobernación, no debe a la injerencia de Díaz su derecho de sucesión a la presidencia, sino a su gran capacidad y actividad políticas. Tiene influencia en Sonora y el noroeste, así como en la capital. Fue minero, después periodista y soldado. Con el tiempo lo eligieron gobernador de Sonora, más tarde, gobernador del Distrito Federal. En 1904

resultó electo vicepresidente de México. El señor Corral cuenta con amigos firmes y acérrimos enemigos. Como secretario de Gobernación ha hecho mucho por ayudar al presidente Díaz a ajustar las relaciones de los estados con el gobierno nacional y, a pesar de muchos abusos, se ha ganado la confianza de los hombres de negocios mexicanos. Su elección como vicepresidente en 1904, y una vez más en 1910, muestra la creciente libertad de los acontecimientos políticos en la república, ya que nada es más fácil de demostrar que el hecho de que el presidente Díaz consintió en esta opción de un sucesor simplemente porque el señor Corral había demostrado poseer más fuerza política que cualquiera de sus contrincantes para la Vicepresidencia.

Hay quienes insisten en que cuando el presidente Díaz muera, se producirá una agitación general y destructiva en México. Afirman que su fuerza, habilidad y la confianza que aún le tiene el pueblo mexicano son los factores que mantienen la paz en la república y que tan pronto como fallezca la nación quedará en condiciones generalizadas de confusión y conflicto.

El problema de esta teoría alarmante es que por lo general la proponen los agitadores que han acusado a Díaz de déspota militar y, quienes, al mismo tiempo, en su deseo por presentar un futuro negro, declaran que el pueblo confía en él, pero no lo hará en nadie más que ostente un poder igual al que él ejerce.

En su vejez, el jerarca de México ha estudiado a fondo el futuro de su país, ha sido su pensamiento constante. Convirtió su vida en un puente por el cual su pueblo transitó del caos, la pobreza y la degradación, a la paz y la estabilidad. Al ver los días que se avecinan, buscó el apoyo de los elementos del gobierno que estuvieron en guerra durante medio siglo. Aunque la letra de la ley es despiadada en cuanto a los detalles sobre la Iglesia, la política para aplicarla ha tenido una consideración humanitaria. Se observa al arzobispo Gillow de Oaxaca y a otros preladados elogiar al Presidente por hacer su máximo esfuerzo por proteger a la Iglesia para que realice pacíficamente su labor religiosa. Sin embargo, nadie es más severo en su determinación de evitar que los eclesiásticos se inmiscuyan de nuevo en la política de la república. El brillante

y progresista gobernador del Distrito Federal es don Guillermo Landa, un devoto feligrés y representante de una de las familias católicas más ricas y de más profundas convicciones de México. Aunque Díaz ayudó a quebrantar la tiranía eclesiástica en el país, ha alentado a la antigua aristocracia católica para que ayuden a hacer de la república un medio por el cual todas las razas y religiones trabajen en paz para lograr el mejoramiento y la seguridad generales. Ha declarado que ninguna nación puede tener éxito sin religión, pero insiste en que las actividades del sacerdote deberán limitarse al ámbito religioso y moral de la Iglesia, sin involucrarse en la política y el gobierno. No es enemigo de la religión, sino un decidido opositor a la intromisión de la Iglesia en los asuntos seculares. Cuando una persona que levantaba el censo le preguntó cuál era su religión, contestó: “Yo, Porfirio Díaz, como particular, profeso la fe de mis padres, soy católico apostólico romano; pero yo, Porfirio Díaz, presidente de los Estados Unidos Mexicanos, no profeso ninguna fe, ya que la Constitución no me lo permite.”

Atrajo de manera tan inteligente a las principales familias allegadas a la Iglesia para que sirvieran a la república o la respaldaran, que, muy aparte de las restricciones que impone la Constitución, es completamente improbable que México se divida otra vez por el tema religioso. Hay alrededor de 4000 templos católicos en los estados y territorios de México, con más de 6000 sacerdotes y 7000000 de miembros activos, de los cuales 3000000 son niños. Nadie interfiere, y nadie piensa interferir, con su libertad de culto.

Una vez enterrado el viejo espectro de los eclesiásticos armados, es absurdo hablar de un regreso del pueblo mexicano al antiguo hábito revolucionario. Díaz ha hecho bien su trabajo. Ha mantenido tranquilos a sus compatriotas, con dureza y la fuerza cuando fue necesario, hasta que las 15000 millas de vías férreas, las 20000 millas de líneas telegráficas y telefónicas, los \$454 910 775 anuales de comercio exterior, los \$160 232 876 de productos mineros al año, el enorme crecimiento de las manufacturas y la agricultura que representan cientos de millones de dólares de capital mexicano y extranjero, la gran cadena de bancos solventes, las 12 599 escuelas, con sus 15 000 profesores y maestros, y

los miles de resultados productivos de una paz constante, han conseguido que la guerra civil no sea atractiva para una parte importante o numerosa de la nación.

El pueblo mexicano está demasiado ocupado como para que haya peleas internas. Saben que la mera influencia de los ferrocarriles no sólo ha permitido la existencia del comercio y la industria, sino que los salarios de la mano de obra agrícola prácticamente se han duplicado desde que Díaz puso en marcha un desarrollo general de los ferrocarriles en la república. También saben que el hombre de negocios más modesto puede recibir préstamos a tasas inimaginables en los viejos tiempos de democracia fantasiosa y anarquía. La vida y los bienes están seguros. El peón más pobre entiende que lo que gana lo puede conservar. El amplio sistema de hospitales, asilos, bibliotecas, museos y escuelas predica a diario un evangelio de paz.

No sólo existen instituciones de educación superior en distintos estados, sino que en el Distrito Federal están abiertas las puertas a las oportunidades en la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Nacional de Jurisprudencia, la Escuela Nacional de Medicina, la Escuela Nacional de Ingenieros, la Escuela Nacional de Agricultura y Cirugía Veterinaria, la Escuela Superior de Comercio y Administración, la Escuela Nacional de Bellas Artes, el Conservatorio Nacional de Música y Declamación, la Escuela Nacional de Artes y Oficios para Varones, la Escuela de Artes y Oficios para Niñas, la Escuela Normal para Varones, la Escuela Normal para Mujeres y otras importantes instituciones.

En la república hay una gran pobreza y eso se usa como reproche a la política para construir el teatro de la ópera nacional con un costo de \$10 000 000 en la bella capital de México; pero sería injusto considerar esta crítica sin tomar también en cuenta el magnífico hospital general y otras instituciones humanitarias establecidas en la ciudad de México y sus suburbios antes que se pensara siquiera en el teatro de la ópera.

La cárcel de Belén, donde se ubican los separos generales de la capital, está insoportablemente sucia, atestada de gente y a menudo infectada con enfermedades. Es una franca vergüenza para las autoridades. Sin embargo, la penitenciaria del Distrito Federal quizá, en su tipo, es

la institución más perfecta y mejor manejada del mundo. Los horrores de la cárcel de Belén son vestigios de los días aciagos de México; pero el gobierno tienes planes para construir una espaciosa estructura moderna para reemplazar al antiguo convento que por tanto tiempo ha sido ejemplo del desgobierno mexicano.

Es innegable que el presidente Díaz tiene el poder de un autócrata, pero el mismo surgió de las necesidades de la nación mexicana. Su gobierno no siempre ha sido por el pueblo, pero sí invariablemente para el pueblo. Su autoridad ejecutiva la ha vuelto suprema y prácticamente irresistible por cuanto en teoría es un gobierno de fuerzas equilibradas, y su prestigio y popularidad asombrosos, como soldado y estadista, han transformado las elecciones populares en virtuales ratificaciones de sus conocidas opiniones y deseos. Aun sus más acérrimos enemigos no han indicado que él haya mostrado la mínima inclinación a buscar la perpetuidad hereditaria de su gobierno. Su hijo, el coronel Porfirio Díaz Jr., ingeniero-arquitecto capaz y exitoso, se gana la vida como particular y no lo han alentado a buscar la promoción política; su encantadora esposa e hijas se cuentan entre las mujeres mexicanas más retraídas. Algunas veces ha tenido que gobernar con la pura fuerza, pero ha gobernado en verdad y sigue siendo un hombre relativamente pobre. Ha mantenido la Constitución inalterada para el futuro, cuando el pueblo mexicano esté listo para asumir la pesada responsabilidad individual que ésta le confiere.

En el gran himno de la victoria que sale de labios de la república y de sus amigos en la celebración del centenario de la independencia mexicana en 1910, el presidente Díaz fue objeto de muchos elogios, pero ninguno se compara al tributo que le rindió dos años antes Elihu Root, secretario de Estado de los Estados Unidos, cuando expresó:

Me ha parecido que, de todos los hombres que viven en la actualidad, el que más vale la pena conocer es el general Porfirio Díaz, de México. Porque aun considerando los rasgos aventureros, atrevidos e hidalgos de su carrera, cuando se considera el vasto programa de gobierno que su valor y sabiduría, aunados a su carácter imperio-

so, ha cumplido; cuando se considera su atrayente personalidad única, no hay ser viviente hoy día a quien quisiera yo ver con más interés que al presidente Díaz. Si fuera poeta, escribiría elogios. Si músico, marchas triunfales. Si mexicano, sentiría que una devota fidelidad de toda la vida no pagaría todo lo que él ha hecho por mi país. Pero como no soy ni poeta, ni músico ni mexicano, sino solamente un norteamericano que ama la justicia y la libertad y que espera ver su reino entre la humanidad progresar y fortalecerse, veo a Porfirio Díaz, presidente de México, como uno de los grandes hombres que debe ser considerado modelo de heroísmo por el género humano.

A la luz de esa vida, no sorprende que, en 1909, el presidente Taft rompiera con todas las tradiciones al cruzar la frontera mexicana para estrechar la mano del máximo hombre del continente americano, a quien el presidente Roosevelt describiera como “el máximo estadista vivo”; tampoco asombra que México fuese la única nación latinoamericana invitada a tomar parte en la famosa conferencia internacional de La Haya para conservar la paz del mundo; o que la república, bajo la dirección del presidente Díaz, mantenga relaciones tan admirables con otras naciones que no ha necesitado formar una marina de guerra mexicana.



Muchas grandes naciones le han prendido condecoraciones en el pecho, además de las medallas que ganó en los campos de batalla mexicanos. Estadistas y autores de todos los países han alabado su trabajo. Emperadores, reyes y presidentes han rendido un franco tributo a su fuerza y sabiduría. Su país bulle con la nueva vida que ha despertado el valor y energía que él posee, pero mientras camina por la terraza del Castillo de Chapultepec, por encima de la antigua roca y los imponentes cipreses que conocieron Moctezuma y sus sacerdotes manchados de sangre, no puede haber figura más sencilla y viril que el presidente de blancos cabellos.

Viendo más allá de las floridas pendientes que están a sus pies sobre el maravilloso valle, en cuyo anillo montañoso se asienta la majestuosa capital mexicana a la vista de los volcanes apagados, coronados por la nieve —que hablan con elocuencia del pasado distante y problemático de México— frente a las antiguas escenas emocionantes de belleza en que tantos héroes, mártires, traidores y bufones han desempeñado su papel, resume su conocimiento del género humano en unas cuantas palabras:

Los hombres son más o menos iguales en todo el mundo y las naciones son como los hombres. Deben ser estudiadas y sus movimientos comprendidos. Un gobierno justo es simplemente el conjunto de las ambiciones colectivas de un pueblo, expresadas prácticamente. Todo se reduce a un estudio de lo individual. Es lo mismo en todos los países. El individuo que apoya a su gobierno tiene un motivo personal. La ambición puede ser buena o mala, pero no es, en el fondo, más que una ambición personal. El principio de un gobierno verdadero es descubrir cuál es ese motivo y el gobernante nato debe buscar, no para extinguir, sino para regular, la ambición individual. Yo he tratado de seguir esta regla en mis relaciones con mis compatriotas, quienes son por naturaleza amables y afectuosos y que siguen con más frecuencia los dictados de su corazón que los de su cabeza. He tratado de descubrir qué es lo que el individuo quiere. Aun de su adoración a Dios un hombre espera algo a cambio y ¿cómo un gobierno humano espera obtener algo más grande de su organización? La experiencia me ha convencido de que un gobierno progresista debe buscar premiar la ambición individual tanto como sea posible, pero debe poseer un extinguidor, para usarlo firme y sabiamente cuando la ambición individual arde demasiado para que siga conviniendo al bien común.

Antiguamente no teníamos una verdadera clase media en México, pero hoy sí. La clase media es aquí, como en todas partes, el elemento activo de la sociedad. Los ricos están demasiado preocu-

utilidad en el progreso y en el bienestar general. Sus hijos no tratan de mejorar. Pero, por otra parte, los pobres son a su vez tan ignorantes que no tienen poder alguno. Es por esto que en la clase media, emergida en gran parte de la pobre, pero asimismo de la rica; clase media que es activa, trabajadora, que a cada paso se mejora y en la que una democracia debe confiar y descansar para su progreso, a la que principalmente atañe la política y el bienestar general.

Me siento satisfecho con saber, en mi vejez, que finalmente el porvenir de México está asegurado.